

# CULTURA

SELECCION  
DE BUENOS  
AUTORES

ANTIGUOS  
Y  
MODERNOS

MANUEL GUTIERREZ NAJERA



ToMo I

MEXICO

NVM. 3.

## CULTURA

Asegurada la propiedad literaria de la selección.  
Registrada como artículo de 2ª clase.

Cuadernos quincenales destinados a la divulgación de la buena literatura. Selecciones de los mejores autores. El próximo número contendrá "El Pájaro Azul," de Mauricio Maeterlink, traducido por Roberto Brenes Mesén y con ilustraciones de Saturnino Herrán.

En preparación:

Sor Juana Inés de la Cruz.

"Peter Pan" de James M. Barrie.

Manuel José Othón.

Cuentos de Andersen.

Los Rubayata, de Omar Khayam

Doctor Mora.

Ibsen.

D. Juan Ruiz de Alarcón.

Justo Sierra.

Rubén Darío.

Cuentos de Perrault.

### PRECIO:

En toda la República: \$2.00 de la nueva emisión.

En el extranjero: \$0.25 oro.

Subscripciones: ( Por 3 meses..... 11.00  
" 6 "..... 22.00

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura," apartado postal 4527.

Agentes generales: *Librería Biblos*

de los Sres. F. de J. Gamoneda y Cía. (Bolívar 22)

México.

La correspondencia dirijase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

# CULTURA

SELECCIÓN DE BUENOS AUTORES  
ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES: ACVSTÍN·LOERA·Y·CHÁVEZ.  
Y·JVLIO·TORRI

Tomo I. Núm. 3.

## CUENTOS

DE

## MANUEL GUTIERREZ NAJERA.



MEXICO.

Septiembre 15 de 1916,

«IMPRESA VICTORIA» 4A VICTORIA 92.

Véndese en la  
LIBRERIA UNIVERSAL  
Manuel Yzaguirre  
MONTENEGRO, S. L.



### Contenido:

PRIMERAS PALABRAS, de Margarita Gutiérrez Najera.

RASGOS BIOGRÁFICOS.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

JUAN EL ORGANISTA.

HUMORADA DOMINICAL.

HISTORIA DE UN PESO FALSO.

LA NOVELA EN EL TRANVÍA.

### PRIMERAS PALABRAS (1)

"Rien n'est plus clair que de sentir sur soi, quelqu'un au delà de la vie, en qui l'on ait croyance et foi; et que l'on sente ardente et toute entiere penchée, a chaque instant, sur soi, comme une main avec de la lumière".

E. VERHAEREN.

Es una necesidad de mi espíritu sediento de luz y de amor: todos los días, después de cerrar cuidadosamente las puertas de mi estudio, para que ni el aire, que también es indiscreto, sepa nada, abro el libro mágico de cantos dorados en el que duermen todas las ternuras del corazón de mi padre, todas las chispas que se escaparon de su cerebro de oro, y conmovida y medrosa como si se tratara de la revelación de un misterio leo, leo con los ojos ávidos y mi mirada se hunde más allá de la vida.

La sangre en mis venas acelera su curso, mis sienas palpitan doloridas y mis manos se hielan. Animadas por mi amor las palabras y las frases surgen ataviadas con sus trajes de fiesta.

El silencio que me envuelve es propicio al ensueño, mis manos vuelven nerviosas las páginas sutiles. ¿La vida....? ¡qué lejos....! creó que mi cabeza se inclina dulcemente sobre el pecho del poeta y que así, pequeña, perdida en la inmensidad de su ternura, sólo yo puedo oír lo que dice muy bajo su corazón que se queja....

A veces, cuando termino mi lectura, mis mejillas es-



tán empapadas y las páginas del libro rugosas y húmedas....

Mi alma se tiende implorante como un vaso de amor y en mis labios los besos revolotean como mariposas locas. Y sobre las palabras dormidas en el libro de cantos de oro; sobre los sentimientos que fueron la esencia de mi alma, vertida pródigamente en el papel; sobre las quejas que nadie supo oír, porque fueron escritas para mí, porque son *mías*; sobre los renglones alineados simétricamente, que son su corazón, su cerebro, su vida, pongo mis labios ardientes y siento que mi alma y la suya se unen dulcemente en ese beso.

Vosotros, los felices de la tierra, ignoráis el sutil encanto de esas caricias de ultratumba. ¡Buscar así, entre las cenizas apagadas una chispa para encender con ella nuestra antorcha; recoger piadosamente los suspiros escapados de una boca que ya no existe y que flotaron dolientes en la atmósfera años quizás, buscando un nido; conversar con una sombra, leer muy hondo dentro de un alma que formó la nuestra volcando en ella un mundo de ideales y de ensueños! ¿El dolor? ¡qué importa! sólo por él vivimos; para que sintiera sus caricias que hieren, sus heridas que sanan, una parte del alma de mi padre, la parte sensitiva, ¡la única buena que poseo! sobrevive en mi alma.

Yo no estoy sola, algo poderoso sostiene mi debilidad; mi «yo» se pierde en otra voluntad y en otro amor, y con los brazos abiertos y la boca sonriente, tal vez muy lejos, no sé dónde, alguien me espera más allá de la vida.....

#### MARGARITA.

(1) Atendiendo a una súplica de los directores de esta publicación y con escrúpulos de modestia muy excusables en quienes tan bien honran la memoria del poeta, la señorita Margarita Gutiérrez Nájera ha escrito especialmente para «Cultura» estas sentidas frases.

### RASGOS BIOGRAFICOS (1)

**M**ANUEL Gutiérrez Nájera, hijo de Don Manuel Gutiérrez y de la Sra. Dolores Nájera, nació en México el 22 de Diciembre de 1859 en la calle del Esclavo número 1 (hoy 2ª de Manrique). A los 4 años de edad fué su familia a radicarse a Querétaro, viviendo allí en la calle de Garmilla, que hoy lleva el nombre de «Manuel Gutiérrez Nájera», según decreto reciente del Estado. El año de 63 regresaron a esta capital. No estuvo nunca en la escuela, su mamá le enseñó las primeras letras y él sólo aprendió a leer. Fué su profesor de latín el Señor Don Próspero María Alarcón y de matemáticas (que él detestó siempre) el Señor José Joaquín Terrazas. A los 13 años de edad y sin conocimiento de su familia empezó a escribir artículos y poesías en el periódico «La Iberia», del que era Director Don Anselmo de la Portilla; después en el «Federalista», del que era Director Alfredo Bابلot, y después en todos los periódicos.

(1) Intencionalmente publicamos estos rasgos biográficos tal como la estimable familia del poeta se sirvió proporcionárnoslos atendiendo finamente nuestro ruego. Trascienden a la naturalidad peculiar a aquel orfebre.

Reservamos la publicación del magistral estudio de Don Justo Sierra para hacerlo figurar en la portada de la selección de los versos de Gutiérrez Nájera que pronto publicaremos.



dicos políticos y literarios de la época, usando en ellos distintos seudónimos, entre otros el de Monsieur Cancan, Junios, Recamier, Cura da Jalatlaco, Perico el de los Palotes y sobre todo Duque Job. Fué fundador, en colaboración con Carlos Díaz Dufoo, de la «Revista Azul». Empezó a escribir una novela «La Mancha de Lady Macbeth», que quedó incompleta a su muerte. Nunca quiso coleccionar ni publicar sus obras y sólo a su muerte, por iniciativa de varios de sus amigos y con el objeto de ayudar a sus pequeños hijos, se publicaron los dos tomos de prosa y uno de poesías.

La inmensa labor literaria acabó con su vida, murió el 3 de febrero de 1895 a las tres de la tarde en su casa, calle de los Sepuleros de Santo Domingo número 10.

## LA MAÑANA DE SAN JUAN

**P**OCAS mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana»; llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; qui-



siera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas a la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undíbago caballo se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituido, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus immaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco a poco; llamas a la puerta o entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbrase el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los que padecen se levantan vueltos a la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde oscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en la que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche,

mientras la vaca muje en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Ninón..... isus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

—

Quando llegas, ¡oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar. ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas e incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allá está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van a abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y a distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido a la bartola sobre el césped. ¡Y qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes.....!

Gabriel y Carlos jugaban comunmente en el jardín.—Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba a declinar la tarde, Gabriel dijo a Carlos;

—Mira, mamá duerme y ya hemos roto nuestros fusiles. Vamos a la presa, Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jar-



dín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil. ¡Era día de San Juan!

—¡Vamos! —le dijo— llevaremos un Monitor para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas a las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar a su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron a todo escape por el campo. Muy en breve llegaron a la presa. No había nadie: ni un peón, ni una abeja. Carlos cortó en pedazos el Monitor e hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las embarcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame a mí que soy más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo e iba a tocar el agua y a dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Ga-

briel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, a viva fuerza logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

—¡Hermano! ¡hermano!

—¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras. Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto al pretil y alzó una mano: Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires a su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba a las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—¡Si no puedo sacarte! ¡Si no puedo!

Y Carlos volvía a hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos, le pedía socorro.

—¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré



mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gustan tanto. ¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

—¡No nos oyen! ¡No nos oyen!

—¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyes?

Y entretanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban a sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse y se soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, iporque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara a cara, apretándose las manos, y uno iba a morir!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy a morirte.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro! Auxilio!

—¡Toma! voy a dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día

en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que jiraban poco a poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!— No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy obscura, y no se puede ver la hora que es.

—¡Toma, hermanito, voy a darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó a correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

— ¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!



## JUAN EL ORGANISTA

EL valle de la Rambla, desconocido para muchos geógrafos que no saben de la misa la media, es sin disputa, uno de los más fértiles, extensos y risueños, en que se puede recrear, esparciéndose y dilatándose, el espíritu. No está muy cerca ni muy lejos: tras esos montes que empinan su cresta azul en lontananza, no distante de los volcanes, cuyas perpetuas nieves muerde el sol al romperlas; allí está. En tiempos tampoco remotos, por ese valle transitaban diariamente diligencias y coches de colleras, carros, caballerías, recuas, arrieros y humildes indios sucios y descalzos. Hoy el ferrocarril, dando cauce distinto al tráfico de mercancías y a la corriente de viajeros, tiene aislado y como sumido el fértil valle. Las poblaciones antes visitadas por viajeros de todo género y pelaje, están alicaídas, pobretonas, pero aún con humillos y altiveza, como los ricos que viven a menos. Restos del anterior encumbramiento, quedan apenas en las mu-



das calles, caserones viejísimos y deslavazados, cuyos patios, caballerizas, corrales y demás amplias dependencias, indican a las claras que sirvieron en un tiempo de paraderos o mesones.

En los años que corren, el valle de la Rambla no sufre más traqueteo que el de la labranza. Varias haciendas se disputan su posesión: una tira de allá, otra de acullá: ésta se abriga y se acurruca al pie del monte: aquélla, baja al río en graciosa curva, y todas, desde la cortesana y presuntuosa, que llega a las puertas de la población y quiere entrar, hasta la hurafía y eremita que escala el monte con sus casas pardas, buscando la espesura de los cedros, ya en espigas enhietas, ya en maizales tupidos y ondulantes, en cría robusta o en maderas ricas, paga tributo opimo cada año. Nada más fértil, ni más alegre que ese valle, ora visto cuando comienza a clarear, ora en la siesta o en el sólemne instante del crepúsculo. La nieve de los volcanes, como el agua del mar, cambia de tintes según el punto donde está el sol; ya aparece color de rosa, ya con blancura hiperbórea y deslumbrante, ya violada. Muchas veces las nubes, como el cortinaje cadente de un gran tálamo impiden ver a la mujer blanca y a la montaña que humea. Es necesario que la luz, sirviendo de obediente camarera, descorra el pabellón de húmeda gasa para que veamos a los dos colosos. «La mujer blanca» se ruboriza entonces como recién casada a quien algún importuno sor-

prende en el lecho. Diríase que con la mórvida rodilla levanta las sábanas y las colchas. No así en las postrimerías de la tarde: la mujer blanca parece a tales horas una estatua yacente:

Cansado del combate  
En que luchando vivo,  
Alguna vez recuerdo con envidia  
Aquel rincón obscuro y escondido.

De aquella muda y pálida  
Mujer, me acuerdo y digo:  
¡Oh qué amor tan callado el de la muerte!  
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Los sembrados ostentan todos los matices del verde, formando en las graduaciones del color, por el contraste con el rubio de las mieses, por los trazos y recortes del maizal como un tablero de colosales dimensiones y sencillez pintoresca. Los árboles no atajan la mirada: huyen del valle y se repliegan a los montes. Son los viejos y penitentes ermitaños que se alejan del mundo. Lo que a trechos se mira, son las casas de una sola puerta en donde viven los peones; los graneros con sus oblongas claraboyas, el agua quieta de las presas, los antiguos portones de cada hacienda y las torres de iglesias y capillas. Cada pueblo, por insignificante y pobre que sea, tiene su templo. No encontraréis, sin duda, en esas fábricas piadosas los primores del arte: los campana



rios son chicorrotines, ragordetes; cada templo parece estar diciendo a los indígenas: «Yo también estoy descalzo y desnudo como vosotros». Pero en cambio nada es tan alegre como el clamoreo de esas esquilas en las mañanas de los domingos, o en la víspera de alguna fiesta. Allí las campanas suenan de otro modo que en la ciudad: tocan a gloria.

La parte animada del paisaje, puede pintarse en muy pocos rasgos: ¿véis aquel rebaño pastando; aquellos bueyes que tiran del arado; a ese peón que sentado en el suelo toma sus tortillas con chile, ínterin la mujer apura el jarro del *pulque*; al niño, casi en cueros, que travesea a la puerta de su casucha; a la mujer, de ubres flojas inclinada sobre el metate, y al amo, cubierto por las anchas alas de un sombrero de palma, recorriendo a caballo las sementeras? Pues son las únicas figuras del paisaje. En las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, aparecen también con sombreros de jipi y largos trajes de amazonas, en caballos de mejor traza, enjaezados con más coquetería, las «niñas» de la hacienda. También cuando obscurece podéis ver al capellán que lleva siempre el devoto libro en una mano y el paraguas abierto en la otra para librarse, ya del sol, ya de la lluvia o del relente.

Y con estas figuras, los carros cargados de mieses, el polvo de oro que circunda las eras como una mística aureola, los mastines vigilantes,

el bramido de los toros, el balar de las abejas, el relincho de los caballos y el monótono canto con que acompañan los peones su faena, podéis formar en la imaginación el cuadro que no atino a describir. Ante todo tended sobre el valle un cielo muy azul y transparente, un cielo en que no se vea a Dios sino a la Virgen: un cielo cuyas nubes, cuando las tenga, parezcan hechas con plumitas de paloma que el viento haya ido hurtando poco a poco; un cielo que se parezca a los ojos de mi primera novia y a los pétalos tersos de los «no me olvidés».

## II

A una de las haciendas de aquel valle, llegó al obscurecer de cierto día Juan el organista. Tendría treinta años y era de regular figura, ojos expresivos, traje limpio, aunque pobre, y finos modales. Poco sé de su historia: me refieren que nació en buena cuna y que su padre desempeñó algunos empleos de consideración en los tiempos del presidente Herrera. Juan no alcanzó más que las últimas boqueadas de la fortuna paterna, consumida en negocios infelices. Sin embargo, con sacrificios o sin ellos, le dieron sus padres excelente educación. Juan sabía tocar el piano y el órgano; pintaba medianamente; conocía la gramática, las matemáticas, la geografía, la historia, algo de ciencias naturales y dos idiomas: el fran-



cés y el latín. Con estos saberes y con esas habilidades pudo ganar su vida como profesor y ayudar a la subsistencia de sus padres. Estos murieron en el mismo mes, precisamente cuando el sitio de México. Juan, que era buen hijo, les lloró, y viéndose tan solo y sin parientes, entregado a solicitudes mercenarias, hizo el firme propósito de casarse, en un momento, en hallando una mujer buena, hacendosa, pobre como él y que le agradara. No tardó en hallar esta presea. Tal vez la muchacha en quien sa había fijado no reunía todas las condiciones y atributos expresados arriba, mas los pobres, en materia de amor, son fáciles de contentar, especialmente si tienen ciertas aficiones poéticas y han leído novelas. Al amor que sienten se une la gratitud que les inspira la mujer suficiente desprendida de las vanidades y pompas mundanas, para decirles; «te quiero». Creen haber puesto una pica en Flandes, se admiran de su buena suerte, magnifican a Dios que les depara tanta dicha y cierran los ojos con que habían de examinar los defectos de la novia, para no ver más que las virtudes y excelencias. Los pobres reciben todo como limosna: hasta el cariño.

Juan puso los ojos en una muchacha bastante guapa y avisada, pobre de condición, pero bien admitida, por los antecedentes, de su familia, en las mejores casas. Era hija de un coronel que casó con una mujer rica y tiró la fortuna de ésta en

pocos años. La viuda se quedó hasta sin viudedad porque el coronel sirvió al Imperio. Mas como sus hermanas, hermanos y parientes, vivían en buena posición, no le faltó nunca lo suficiente para pagar el alquiler de la casa (veinticinco pesos) la comida (cincuenta) ni los demás pequeños gastos de absoluta e imprescindible necesidad. Para vestir bien a las niñas, como a personas de la clase que eran, tuvo sus apurillos al principio; pero ellas luego que entraron en edad, supieron darse mañas para convertir el vestido viejo de una prima en traje de última moda y hacer los metamorfoseos más prodigiosos con todo género de telas y de cintas. Además eran lindas y discretas: se ganaban la voluntad de sus parientes, regalándoles golosinas y chucherías hechas por ellas; de manera que jamás carecieron de las prendas que realza la hermosura de las damas, y no sólo vestían con decoro y buen gusto, sino con cierto lujo y elegancia. Cada día del santo de alguna o al acercarse las solemnidades clásicas, como Semana Santa y Muertos, recibían ya vestidos, ya sombreros, ya una caja de guantes o un estuche de perfumes. Llegó vez en que ya no les fué necesario recurrir a los volteos, arreglos o remiendos en que tanto excedían, y aun regalaron a otras muchachas, más pobres que ellas, los desperdicios de su guardarropa. Las otras ricas las mimaban muchísimo y solían llevarlas a los paseos y a los teatros.



Rosa fué la que se casó con Juan. Las otras tres por más ambiciosas o menos afortunadas, continuaron solteras. No faltó quien sabiendo el matrimonio, hiciera tristes vaticinios.—«Juan—decían— gana la subsistencia trabajando, hoy reúne ciento cincuenta pesos cada mes; pero ¿qué son éstos para las aspiraciones de Rosa, acostumbrada a la holgura y lujo con que viven sus parientes y amigas?»—Y con efecto, era hasta raro y sorprendente, que Rosa hubiera correspondido al pobre mozo. El caso es, que fuese por el deseo de casarse, o porque verdaderamente tomó cariño a Juan, Rosa aceptó la condición mediocre, tirando a mala, que el pretendiente le ofrecía, y se casó.

El primer año fueron bastante felices; verdad es que tuvieron sus discusiones y disgustos; que Rosa suspiraba al oír el ruido de los carruajes que se encaminaban al paseo: que no iba al teatro porque su marido no quería que fuese al palco ajeno, pero con mutuas decepciones y deseos sofocados, haciendo esfuerzos inauditos para sacar lustre a los ciento cincuenta pesos del marido, pasaron los primeros nueve meses.

Coincidió con el nacimiento de la niña que Dios les envió, el malestar y desbarajuste del Erario en los últimos días de Lerdo. Faltaron las quinzenas, fué preciso apelar a los amigos, a los agiotistas, al empeño, y Rosa, en tan críticas circunstancias, se confesó que había hecho un soberano

disparate en casarse con pobre, cuando pudo, como otra amiga suya, atrapar un marido millonario. Las tormentas conyugales fueron entonces de lo más terrible. Las gracias y bellezas de la niña, no alhagaban a Rosa, que deseaba ser madre, pero de hijas bien vestidas. No pudiendo lucir a la desgraciada criatura, la culpaba del duro encierro en que vivía para cuidarla y atenderla. Poco a poco fué siendo menos asidua y solícita con su hija; abandonó tal cuidado al marido y despechada, sin paciencia para esperar tiempos mejores, ni resignación para avenirse con la pobreza, sólo hallaba fugaz esparcimiento en la lectura de novelas y en la conversación con sus amigas y sus primas.

Los parientes benévolo de antaño pudieron haberla auxiliado en sus penurias, pero Juan decía: «Mientras encuentre yo lo necesario para comer, no recibiré limosna de ninguno». Así es que cuando Rosa recibía algún dinero, era sin que Juan se enterase de la dádiva. Mas ¿cómo emplear aquellos cuantos pesos en vestidos y gorras, si Juan estaba al tanto de los exiguos fondos que tenía? Algunas compras pasaron como obsequios y regalos, pero aun bajo esta forma repugnaban a Juan. «No quiero, solía decir a su mujer, que te vistas de ajeno. Yo quisiera tenerte tan lujosa como una reina; pero ya que no puedo, confórmate con andar decente y limpia cual cuadra a la mujer de un triste empleado». Rosa



decía para sus adentros. «Tan pobre y tan orgulloso: ¡como todos!...» Esta misma altivez y el despego a propósito extremado con que trataba Juan a los parientes ricos de su esposa, le concitaron malas voluntades entre ellos. No pasaba día sin que por tierna compasión dijeran a Rosa: ¡Qué mal hiciste en casarte! ¡Mejor estabas en tu casa! Sobre todo con ese talle, con esos pies, con esa cara, pudiste lograr mejor marido. No porque el tuyo sea malo; inada de eso! pero hija es tan infeliz!

Y poco a poco estas palabras compasivas, el desnivel entre lo soñado y lo real, la continua contemplación de la opulencia ajena y las lecturas romanescas a que con tanto ahinco se entregaba, produjeron en Rosa un disgusto profundo de la vida y hasta cierto rencor o antipatía al misérrimo Juan, responsable y autor de sus desdicha. Rosa procuraba pasar fuera de la casa las más horas posibles, vivir la vida fastuosa y prestada a que la acostumbraron desde niña, hablar de bailes y de escándalos y hasta— ¿por qué no?—escuchar sin malicia los galanteos de algún cortejo aristocrático. Al cabo de seis meses transcurridos de esta suerte, sucedió lo que había de suceder: que Rosa dió un mal paso con su primo.

Juan no cayó del séptimo cielo como Luzbel. Conservaba aún los rescoldos de la amorosa hoguera que antes le inflamó, pero no estimaba ni podía estimar a Rosa. La había creído frívola, di-

sipada, presuntuosa y vana; pero nunca perversa y criminal. Y Rosa—hagámosle justicia plena—no delinquiró por hacer daño ni por gozar el adulterio, sino por vanidad y aturdimiento. Juan tranquilo en su cólera, abandonó el hogar profanado y salió con su hija de la ciudad. ¿A qué vengarse? El tiempo y sólo el tiempo, ese justiciero inexorable, venga los delitos de leso corazón,

Huía de México como se huye de las ciudades apestadas. No quería sufrir las risas de unos y las conmiseraciones de otros. Sobre todo, quería educar a su hija, que contaba a la sazón dos años, lejos de la formidable tentación. La vanidad es una lepra contagiosa—decía para sí—¡tal vez hereditaria! Quiero que mi hija crezca en la atmósfera pura de los campos: las aves la enseñarán a ser buena madre. En los primeros días de ausencia, la niña despertaba diciendo con débil voz: ¡Mamá! ¡Mamá!

¡Cómo sufría al oírla el pobre Juan! Iba a abrazarla en su camita y mojado con lágrimas los rubios rizos y la tez sonrosada de la niña, le decía sollozando: ¡Pobrecita! ¡Somos huérfanos!

Al año de esto, murió la madre de Rosita; Juan vivió con muchísimo trabajo, sirviendo de profesor en varios pueblos y ayudándose con la pintura y con la música. Diez meses antes del principio de esta historia, fué a radicarse en San Antonio, población principal del valle descrito en el capítulo anterior. Allí educaba a algunos chicos,



pintaba imágenes piadosas que solía vender para las capillas de las haciendas y tocaba el órgano los domingos y fiestas de guardar.

Esto último le valió el sobrenombre de «Don Juan el organista». Todos le querían por su mansedumbre, buen trato y fama de hombre docto. Mas lo que particularmente lo hacía simpático, era el cariño inmenso que tenía a su hija.

Aquel hombre era padre y madre en una pieza. ¡Con qué minuciosa solicitud cuidaba y atendía a la pequeñuela! Era de ver cuando la alistaba y la vestía, con el primor que sólo tienen las mujeres; cuando le rezaba las oraciones de la noche y se estaba a la cabecera de la cama hasta que la chiquilla se dormía!

Rosita ganaba mucho en hermosura. Cuando cumplió cinco años—época en que principia esta historia—era el vivo retrato de su madre. Las vecinas se disputaban a la niña y la obsequiaban a menudo con vestidos nuevos y juguetes. Por modo que Rosita andaba siempre como una muñeca de porcelana. ¡Y a la verdad que era muy cuca, muy discreta, muy linda y muy graciosa, para comérsela a besos!

Veamos ahora lo que Don Juan el organista fué a buscar en la vecina hacienda de la Cruz.

### III

—Adelante, amigo Don Juan, pase Ud. Juan

se quitó el sombrero respetuosamente y entró al despacho de la hacienda. Era una pieza bastante amplia con ventanas al campo y a un corral. Consistía su mueblaje en una mesa grande y tosca, colocada en el fondo, precisamente abajo de la estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. La carpeta de la mesa era de color verde tirando a tápalo de viuda; pendiente de una de sus puntas campaneábase rueco trapo negro, puesto allí para limpiar las plumas; y encima, colocados con mucho orden, alzábanse los libros de cuentas presididos por el clásico tintero de cobre que aún usan los notarios de parroquia. Unas cuantas sillas con asiento de tule completaban el mueblaje, y ya tendidos o apoyados en ellas, ya arrinconados o subidos a los pretiles de las ventanas, había también vaquerillos, estribos, chapareras, sillas de montar, espadas mohosas, acicates y carabinas. De todo aquéllo se escapaba un olor peculiarísimo a crines de caballo y cuero viejo.

Don Pedro Anzúrez, dueño de la hacienda, escribía en un gran libro y con pluma de ave, por que jamás había podido avenirse con las modernas. Desde el sitio en que de pie aguardaba Juan podía verse la letra ancha y redonda de Don Pedro, pero Juan no atendía a los trazos y rasgos de la pluma: con el fieltro en la mano esperaba a que lo invitasen a sentarse.

—Descanse Ud. y no ande con cumplidos, dijo Don Pedro, interrumpiendo la escritura.



Y continuó tan serio y gravadoso como antes, añadiendo renglones a renglones y deteniéndose de cuando en cuando para hacer en voz baja algunas sumas. Cerró luego el libraje, forrado de cuero, puso la pluma en la copilla llena de municiones, y volviéndose a Juan, le dijo así:

—Amigo mío, aproxime la silla y hablemos....

Eso es! ¿no quiere Ud. un cigarrillo?

—Gracias, señor don Pedro, yo no fumo.

—El señor cura habrá informado a Ud. someramente de lo que yo pretendo.

—Con efecto, el padre me dijo anoche que tenía Ud. el propósito de emplearme en su casa como preceptor de los niños.

—Eso es. Ud. habrá observado que yo le tengo particular estimación, no sólo por el saber que todos sin excepción le conceden, sino por las virtudes cristianas, tan raras en los jóvenes de hoy día, y que le hacen simpático a mis ojos. Ud. es laborioso, humilde, fiel observante de la ley de Dios, honrado a carta cabal y padre cariñoso como pocos. Vamos. ¡Me gusta Ud.! Desde que trabamos amistad con motivo de la fiesta del Carmen, cuando Ud. tocó el órgano en mi capilla, he comprendido que está Ud. fuera de su centro, y que hombre de educación tan esmerada, merece mejor suerte y el auxilio de todos los que piensan como yo. Conque ¿no tiene Ud. reparo en admitir lo que le propongo? ¿Acepta Ud.?

—Con el alma y la vida, Sr. Don Pedro.

—Pues vamos ahora a tratar el asunto mercantilmente. Ud. tendrá casa, comida y cincuenta pesos al mes. Por supuesto, vendrá Ud. con su hija. Mi esposa y mis dos hijas mayores quieren mucho a la niña, y tratarán a Ud. como a persona de la familia. Los deberes del preceptor son los siguientes: enseñar a mis dos chicos la aritmética, un poco de gramática, el francés y la teneduría de libros. ¿Convenidos?

—Señor Don Pedro, Ud. me colma de favores. A duras penas logro conseguir en el pueblo la suma que Ud. me ofrece, y de ella salen el alquiler de la casa, el peso diario del gasto y el alumbrado, ¿cómo, pues, no admitir con regocijo, lo que Ud. me propone?

—Pues doblemos la hoja. La habitación de Ud. será la que ya conoce.... junto a la pieza del administrador. No es muy grande; consta de dos cuartos bastante amplios y bien ventilados. Además, Ud. tiene como suya toda la casa. Más que como empleado, como amigo. Conque ¿cuándo puede Ud. instalarse?

—Mañana mismo, si Ud. quiere.

—No, mañana es domingo, y no está bien que se trabaje en la mudanza. Será el lunes.

Don Pedro se levantó de su sillón. Juan, confundido, se despidió, y así acabó, con regocijo de ambos, la entrevista.



## IV

No pintaré la vida que llevaba Juan en la Hacienda de la Cruz. Trabajaba de nueve a doce con los niños, comía con la familia y en las tardes se iba de paseo o a leer en el banco del jardín. Poco a poco le fueron tomando cariño todos los de la casa; mas sin que tales muestras de afecto le envalentonaran ni le sacasen de quicio, como suele pasar a los que por soberbia creen merecerlo todo. Juan consideraba que era un pobre empleado de Don Pedro, y que como tal, debía tratarle con respeto, lo mismo que a los demás de la familia. Y a la verdad que ni con linterna se hallarían personas más sencillas ni más buenas que la esposa y las hijas de Don Pedro. Ni una brizna de orgullo había en aquellas almas de incomparable mansedumbre. Juana, la hija mayor, era un poquito cascarrabias. También era la que llevaba el peso de la casa y tenía que tratar con los criados. Pero sus impaciencias y corajes eran siempre tan momentáneos como el relámpago. Enriqueta tenía mayor dulzura de carácter. Y en cuanto a la señora, caritativa, franca, inteligente, merecía ser tan feliz como lo era.

Juan agradecía a Don Pedro y su familia más que la distinción con que le trataban, el cariño que habían manifestado a Rosita.

Enriqueta particularmente, era la más tierna con la niña. Parecía una madre; pero una madre doblemente angusta: madre y virgen. Muchas veces, Juan intentó poner prudentemente coto a tales mimos, temeroso, tal vez con fundamento, de que la niña se mal acostumbrase y ensoberbeciera. Mas ¡qué padre no ve con alborozo la dicha de su hija! Lo que pasó fué que, gradualmente aquellas solicitudes de Enriqueta, aquel tierno cuidado, despertaron en Juan un blando amor, escondido primero bajo el disfraz de la gratitud, pero después tan grande, tan profundo y tan violento, como oculto, callado y reprimido. El trato continuo, el diario roce de aquellas almas buenas y amorosas, daban pábulo a la pasión intensa del desgraciado preceptor. Pero Juan conocía perfectamente lo irrealizable que era su ideal. Estaba allí en humilde condición, acogido, es verdad, con mucho aprecio; mas distante de la mujer a quien amaba como lo están los lagos de los soles. ¿Sabía, acaso, cuáles eran los propósitos de sus padrès? Habíanla instruido y educado con esmero no para compañera de un pobre hombre que nada podría darla, fuera del amor, sino para mujer de un hombre colocado en digna y superior categoría. Si la hablara de amor, sería como el hombre a quien hospedan por bondad en una casa, y aprovechando la ocasión más favorable, se roba alguna joya. No; Juan no lo haría seguramente. Corresponder de tal manera a los favores



que Don Pedro le había hecho, hubiera sido falta de nobleza. Mil veces, sin embargo, el amor, que es gran sofista, le decía en voz muy baja: «¿Por qué no?»

## V

Bien comprendía Juan la imposibilidad de que su amor permaneciera oculto mucho tiempo; pero medroso y convencido de su propia desgracia, alejaba adrede el día de la inevitable confesión. A solas, en la obscuridad de su alcoba o en el silencio del jardín, imaginaba fácil y hacedero lo que después le parecía imposible. Mas como siempre nos inclinamos a creer aquéllo que nos agrada, poco a poco, la idea de que sus sueños no eran de todo punto irrealizables, como al principio sospechó, fué ganando terreno en su entendimiento. Parecían favorecer esta transformación moral, las continuas solicitudes de Enriqueta, cada vez más tierna y bondadosa con Rosita y más amable con el pobre Juan. Este interpretaba tales muestras de cariño como prendas de amor, y hasta llegó a creer—¡tan fáciles dar oído a la presuntuosa vanidad!—que Enriqueta le amaba y que tarde o temprano realizaría sus ilusiones. ¿Con qué contaba Juan para subir a ese cielo entrevisto en sus alucinaciones y sus éxtasis? Con el gran cómplice de los enamorados y sofadores: con lo inesperado

Lo peor para Juan era el trato íntimo que tenía con Enriqueta. Vivía en su atmósfera y sentía su amor sin poseerlo, como se embriagan los bodegueros con el olor del vino que no beben. Cada día Juan encontraba un nuevo encanto en la mujer amada. Era como si asistiese al tocador de su alma y viera caer uno a uno todos los velos que la cubrieran. Además, nada hay tan invenciblemente seductor como una mujer hermosa en el abandono de la vida íntima. Juan miraba a Enriqueta cuando salía de la alcoba, con las mejillas calientes aún por el largo contacto de la almohada. Y la veía también con el cabello suelto o recostada en las rodillas de la madre. Y cada actitud, cada movimiento, cada ademán, le descubrían nuevas bellezas. E igual era el crecimiento de su admiración en cuanto atañe a la hermosura moral de Enriqueta. Todas esas virtudes que buscan la oscuridad para brillar y que nunca adivinan los profanos; todos esos atractivos irresistibles que la mujer oculta avara, a los extraños y de que sólo goza la familia, aumentaban la estimación de Juan y su cariño. Tenían, además, aquellas dos vidas un punto de coincidencia: Rosita. Enriqueta prodigaba a la niña todas las ternezas y cuidados de una madre joven; de una madre que fuera a la vez como la hermana mayor de su hija. Cierta vez la niña enfermó. Fué necesario llamar a un Doctor de México cuyo viaje fué costado



por Don Pedro. Enriqueta no abandonó un solo momento a la enfermita.

La veló varias noches, y al ver a Juan desfallecido de dolor, le decía cariñosamente.

—No desespere usted, la salvaremos. Ya le he rogado a nuestra madre de la Luz que nos la deje. Venga usted a rezar conmigo la novena.

La niña sanó; pero el mísero Juan había empeorado. Precisamente el día en que el Médico la dió de alta, Juan fué al comedor de la hacienda. Habían servido ya la sopa cuando Don Pedro dijo en alta voz:

—Hoy es un día doblemente fausto. Rosita entra en plena convalecencia y llega Carlos a la hacienda.

Luego, inclinándose al oído de Juan, agregó:

—Amigo mío, para usted no tenemos secretos porque es ya de la familia: Carlos es el novio de Enriqueta.

## VI

Cómo! Enriqueta tenía novio! He aquí que lo inesperado, ese gran cómplice en quien Juan confiaba, se volvía en contra suya. Y cuando! . . . Cuando después de aquella enfermedad de la niña, durante la cual Enriqueta había dividido con él las zozobras y los cuidados, era más viva y más intensa su pasión.

Juan creyó morir de congoja y al volver a su

pieza y ver a su hija que le tendía los escuálidos bracitos, exclamó como en aquellos instantes supremos que siguieron al abandono de su esposa: —¡Ay, pobre hija, ya no tienes madre!—Con efecto, ¿no era Enriqueta la madre de Rosita? Pues también la iba a dejar huérfana, como la otra, a irse con un hombre a quien Juan no conocía aún, pero que odiaba. ¿Quién era aquel Carlos? Probablemente un rico. . . . . los pobres ponen siempre en defecto a los que odian. ¡Buen mozo! Juan no lo era y comprendía instintivamente que el triunfo de su rival era debido a las cualidades de que él carecía. Inteligente. . . . . No, inteligente no—murmuró Juan.

Poco a poco, la luz se fué haciendo en el cerebro del desgraciado preceptor. Y comenzó a explicarse claramente cuantos ademanes, acciones y palabras de Enriqueta interpretó favorablemente a su pasión. Era aquello un deshielo de pasiones. El sol calentaba con sus rayos la estatua de nieve y la figura deshacíase. Juan decía para sí:

«Qué necio fuí! Yo tenía un tesoro de miradas, sonrisas y palabras; esto es, diamantes, perlas y oro. Y ahora un extranjero viene a mí, se acerca y me dice con tono imperioso:—Devuélveme cuanto posees. Nada de eso es tuyo. Todo es mío. ¿Recuerdas el rubor que tiñó su rostro, cuando delante de tí le preguntaron si amaba a alguien? Tú imaginaste que ese rubor era la sombra de tu al-